

La cosecha de mi memoria.

A mis 80 años, he aprendido que la memoria es como la tierra: mientras más amor recibe, más frutos da. Hay recuerdos que no se marchitan jamás, y los míos florecen cada vez que pienso en la casa de mi tía Rosa y mi padrino Sotero Linares.

Su hogar no era grande ni lujoso, pero tenía algo que muchas casas no tienen: calor humano. Cuando cruzábamos aquella puerta de madera, sentíamos que el mundo entero podía quedarse afuera. Ellos nos recibían con sonrisas sinceras y con esa bondad que abraza sin necesidad de palabras. Nunca hicieron diferencia entre unos y otros; todos éramos importantes, todos teníamos un lugar en la mesa y en su corazón. Allí aprendí el valor de la igualdad.

Después de la escuela llegábamos cansadas y cansados, con las mochilas llenas de cuadernos y sueños. Primero cumplíamos con nuestras tareas, porque mi tía decía:
—La responsabilidad es la semilla del futuro.
Y tenía razón.

Cuando terminábamos, el patio se convertía en nuestro reino de aventuras. Alimentar a las gallinas era trabajo de todas y todos. Si una escapaba, nadie culpaba a otro; entre todas y todos la buscábamos. Así entendimos la solidaridad y la participación: las cosas salen mejor cuando cada persona ayuda.

En aquella casa también aprendimos el respeto. Respetábamos a las y los mayores, a los animales, a los árboles y hasta al silencio de la tarde. Mi padrino Sotero decía que quien respeta la tierra, respeta también la vida.

Las decisiones importantes se hablaban entre todas y todos. Si había que repartir tareas, cada quien opinaba. Mi tía escuchaba incluso a las y los más pequeños con paciencia y atención. Así conocí el diálogo y la democracia sin saber que tenían esos nombres.
Comprendí que toda voz merece ser escuchada.

Éramos felices con cosas sencillas. Saltábamos la cuerda hasta quedar sin aliento, hacíamos girar el ula-ula y corríamos bajo el sol. Los árboles eran nuestros compañeros; nos regalaban sombra y fruta dulce. Nadie tenía más que otro, pero tampoco menos.
Compartíamos lo que había, y eso bastaba para sentirnos ricos.

Todavía recuerdo nuestras alpargatas gastadas: las de goma para el trabajo diario y las de suela para salir. Nuestros vestidos sencillos y las camisas blancas de los muchachos parecían ropa de fiesta porque estaban llenas de dignidad. Aprendimos que el valor de una persona no está en lo que posee, sino en cómo trata a las y los demás.

El campo fue nuestra escuela de vida. Allí descubrimos la libertad de correr sin miedo, la justicia de repartir el trabajo, la tolerancia de convivir con diferentes caracteres y la responsabilidad de cuidar lo que se ama.

Hoy, al mirar mis manos arrugadas, sé que cada línea guarda una historia. Y aunque los años han pasado como el viento entre los árboles, hay algo que permanece intacto: la gratitud.

Porque tuve una infancia donde la democracia se vivía en la mesa familiar, donde el respeto era costumbre, donde la solidaridad unía corazones y donde el amor era tan abundante como la cosecha después de la lluvia.

Y ahora entiendo que esa fue la verdadera riqueza de mi vida.

Seudónimo: CONTENTA. 02.

Los hilos mágicos de mamá.

Había una vez una historia que no estaba escrita en libros, no tenía páginas, ni uso tinto para crearse.

¿y entonces?

Estaba llena de hilos, de esos que no se ven pero que sostienen el corazón.

El siguiente cuento es la historia de una mamá que aprendió a mirar la vida con amor, ella creó una historia mágica, y aunque no tenía una varita mágica ni usaba capa con una estrella, ella tenía el poder de convertir los hilos en figuras coloridas y cuando estas llegaban a su destino esos hilos se transformaban en hilos de luz que, sin hacer ruido, iban acomodando la vida.

Pero miremos al pasado . . .

Dicen que cuando era apenas una niña la vida le habló demasiado pronto...

Un día... su mamá se fue al cielo, Y el mundo, de pronto...

se volvió más grande...
y más difícil de entender.

Y aunque ella no sabía leer ni escribir, aprendió a escuchar su corazón y descubrió que hay corazones que, incluso en la tristeza aprenden a latir más fuerte. Y el suyo... fue uno de ellos.

El tiempo pasó, y aquella niña creció.

De joven ella, con sus manos construyó un hogar lleno de vida, donde cabían muchas risas, muchos pasos pequeños, pasos de 12 y muchos, muchos sueños, que entendían que el amor de mamá no conocía límites, aun cuando un día el silencio y la soledad apareció como una sombra de alguien que ya no quería estar más.

Y aunque el silencio y el miedo estaba presente en ella y en sus 12 pequeños, ELLA cerro los ojos y respiró tan profundo que nos llenó de su fe y cariño...

De pronto

¡Ella tomo una aguja e hilo y comenzó a bordar! La vida se llenó de colores y figuras. Ella no se daba cuenta, pero no solo tejía telas, tejía esperanza, días nuevos, posibilidades. Cada puntada era un acto de amor, una promesa silenciosa,

una forma de decir estamos juntos y todo es posible.

Con sus manos ella aprendió a expresarse con hilos, su poder hizo que los días largos y difíciles cambiaran de gris a color, el silencio se llenó de risas y se crearon nuevos caminos.

Los años pasaron, y cuando parecía que ya lo había hecho todo...

la vida le tenía guardado un último regalo.

Ya con el cabello lleno de historias y las manos cansadas de tanto crear... se sentó frente a un cuaderno. Y por primera vez...

esas manos que habían bordado sueños toda la vida...

comenzaron a escribirlos.

Aprendió a leer.

Aprendió a escribir.

Aprendió...

que nunca es tarde.

Y entonces los doce pares de ojos que la miraban, entendieron algo que siempre había estado ahí...

Que los verdaderos héroes...

no hacen ruido...

no buscan aplausos...

no llevan capa...

Pero tienen un don muy especial...

saben tejer la vida... incluso cuando todo parece romperse.

Seudónimo: AMOR.

La casa de las voces valientes.

Había una vez en un pequeño hogar lleno de risas y cuadernos de escuela una mamá llamada Tere, vivía con sus tres hijos: Ray, Edgar y Mane.

En aquella casa, los días eran tranquilos. Había juegos, tareas...y sueños que crecían como plantas al sol. Pero un día, el viento cambió. Fue un día distinto a todos, el cielo parecía más gris y la casa más callada.

Tere se quedó mirando la ventana, mientras en su corazón nacían preguntas que no sabían a dónde ir.

—¿Qué pasará ahora? —susurró.

Aquella noche, el silencio se sentó en la mesa con ellos.

Los niños miraban a su mamá...
como si en sus ojos estuvieran todas las respuestas.

Y Tere...
aunque tenía miedo...
sabía que había algo más importante que el miedo.

A la mañana siguiente, Tere reunió a sus hijos en la sala.

—Escuchen —les dijo con voz suave—,
las cosas han cambiado...
Su papá ya no estará,
pero nosotros seguimos juntos.

Y en esta casa...
todos vamos a aprender a salir adelante.

Desde ese día, algo nuevo comenzó. La casa dejó de ser solo un lugar y se convirtió en un equipo. Cada tarde, se sentaban juntos, hablaban de su día, de lo que sentía de lo que necesitaban. Y aunque al principio las palabras salían tímidas... poco a poco... empezaron a hacerse fuertes.

Si uno tenía miedo, lo decía.
Si otro tenía una idea, la compartía.

Y Tere escuchaba...
con paciencia...
con respeto...
como si cada palabra fuera importante.

Y aunque no siempre fue fácil y había días en los que el cansancio llegaba primero y otros en los que las cosas no alcanzaban. Su vida giraba entre escuelas, trabajo y casa.

Tere hacía algo valiente: aprendía.
Aprendía a resolver...
aprendía a preguntar...
aprendía a no rendirse.

Y así el tiempo pasó, la casa cambio y junto a ella Tere y sus hijos.

Sus voces se volvieron seguras...
sus pasos firmes...
sus sueños más grandes.
Terminaron sus carreras, salieron hacer sus propias vidas.

Y un día, cuando Ray, Edgar y Mane eran ya adultos regresaron a esa casa.

Se sentaron junto a su mamá...

y uno de ellos dijo:
—Mamá... gracias por enseñarnos a seguir adelante.
—Gracias por escucharnos —dijo otro.
—Gracias por nunca rendirte —susurró el tercero.

Tere los miró y en ese momento comprendió algo que siempre había estado ahí.
Que la vida no siempre es como la imaginamos, pero eso no significa que no pueda ser hermosa. Porque hay personas que cuando todo cambia no se detienen, No se esconden, No se rinden.

Al contrario

Se levantan, aprenden y construyen algo nuevo.

Y así fue como aquella casa, que un día conoció el silencio se convirtió en la casa de las voces valientes.

Y cuentan...
que desde entonces...

Cada vez que alguien se atreve a hablar con respeto a escuchar con el corazón y a seguir adelante, aunque tenga miedo esa casa vuelve a brillar.

Seudónimo: MARITE. 01.

Las alas de Yolanda.

Dicen que algunas personas nacen con alas invisibles.

No se ven, pero están ahí... esperando el momento correcto para abrirse.

Hoy les voy a contar la historia de una mujer que no sabía que tenía alas... hasta que un día las descubrió. Su nombre es Yolanda.

Ella era una niña que vivía en un pequeño lugar llamado Santa Bárbara de la Miel. Su mamá la quería mucho, ella trabajaba limpiando casas y cocinando. Su papá a quien también quería muchísimo trabajaba la tierra.

Además, tenía nueve hermanos... ¡imagínense!

Una casa llena de risas, juegos y aventuras.

Y aunque no tenían muchos juguetes, Tenían algo mucho mejor: Imaginación.

Una cuerda servía para saltar durante horas... y el patio se convertía en el mejor escondite del mundo, y así Yolanda aprendió algo muy importante desde pequeña:

que cuando la vida es difícil... el corazón se vuelve más fuerte.

Cuando Yolanda creció, se casó y tuvo cinco hijos, tenía muchos momentos bonitos, Pero . . .

En su casa vivía algo oscuro... un monstruo.

No era un monstruo de cuentos con garras y dientes. Era un monstruo hecho de enojo, gritos y miedo.

Y aunque durante mucho tiempo Yolanda tuvo que vivir con ese monstruo. Ella recordaba que su corazón era fuerte y a pesar de que sentía miedo, siguió buscando su camino . . .

Un día consiguió trabajo en un hospital.

Al principio solo llevaba comida a los pacientes. Pero mientras caminaba por los pasillos blancos, Yolanda empezó a pensar:

—Tal vez... mi historia todavía puede cambiar y puedo vencer a ese monstruo —
Entonces decidió estudiar. Trabajó, aprendió y se convirtió en auxiliar de enfermería.
El día que se puso su uniforme blanco ocurrió algo mágico.

No era solo un uniforme.

Era como si le hubieran crecido alas.

Con sus alas Yolanda entendió algo muy importante. El monstruo no era más fuerte que ella.

Así que un día reunió todo su valor y dijo una palabra muy poderosa:

• • • • •
¡Basta! y

¡El monstruo fue desapareciendo!

Poco a poco, ella con sus alas fue creando nuevos caminos.

Los años pasaron. Sus hijos crecieron, estudiaron y se convirtieron en profesionales.

Yolanda entendió algo muy hermoso: que sus alas no solo la ayudaron a ella a volar...también ayudaron a sus hijos a volar más alto.

Todos nosotros tenemos alas invisibles.

A veces tardamos en descubrirlas, pero cuando encontramos nuestro valor, nuestras ganas de aprender y nuestra dignidad esas alas se abren ...

Y nos ayudan a cambiar nuestra historia.

El niño que venció al mundo.

Antes de comenzar, quiero preguntarles algo...

¿Alguna vez han mirado al cielo e imaginado todo lo que podrían lograr algún día?

Así era Rodo cuando era niño. Él era audaz, inteligente y muy curioso. Le gustaba observar todo a su alrededor y aprender de cada cosa que veía.

Y aunque, había días complicados Rodo siempre buscaba la manera de ayudar a su familia y de seguir aprendiendo.

Muchas veces levantaba la mirada hacia el cielo y pensaba en el futuro. Imaginaba todas las cosas que quería lograr. No sabía exactamente cómo lo haría... pero dentro de él había una fuerza que lo animaba a seguir adelante. Rodo quería estudiar...

Era una fuerza silenciosa que le decía:

—Sigue buscando.

—Sigue aprendiendo.

—Sigue construyendo tus sueños.

Pasó el tiempo, y un día apareció una oportunidad. ¡Una empresa le ofreció trabajo manejando un automóvil como chofer!

Algunas personas podrían pensar que era un trabajo pequeño.

Pero para Rodo era una oportunidad. Él sabía que los grandes caminos muchas veces empiezan con pequeños pasos.

Así que ... Cada mañana tomaba el volante y comenzaba su jornada.

Mientras manejaba, observaba todo a su alrededor. Aprendía cómo funcionaba la empresa, cómo se organizaban los jefes, cómo trabajaban sus compañeros y de qué manera podía participar y ayudar.

Cada día era una nueva lección.

Rodo trabajaba con responsabilidad y trataba a todos con respeto. Había días cansados, momentos difíciles y retos que parecían muy grandes, leía sus manuales en inglés y aprendió a traducir, aunque no pudo estudiar. Rodo quería estudiar, sin embargo, siempre se encontraba con obstáculos, debería tomar decisiones faltar al trabajo o inscribirse a la escuela, pasaron los días y la oportunidad no llegó, parecía

una maldición, que la vida no le permitía ir a la escuela, solo estudio hasta tercero de primaria, una fuerza silenciosa le decía sigue no te rindas ...

Seguía avanzando, paso a paso, con paciencia y perseverancia.

Con el tiempo, las personas comenzaron a notar algo especial en él. Veían que Rodo era constante, honesto y siempre estaba dispuesto a aprender algo nuevo.

Y entonces ocurrió algo muy especial.

Aquel hombre que había comenzado manejando un carro como chofer y avanzando por muchos cargos en la empresa, llegó a convertirse en Gerente.

Cuando Rodo miró hacia atrás, entendió algo muy importante.

Ese logro no era solo un nuevo puesto.

Era la prueba de que los sueños pueden alcanzarse cuando una persona trabaja con perseverancia, paciencia y fe.

Rodo no solo venció los retos que encontró en el camino...

Rodo construyó su propio mundo, porque no importa dónde empiece tu historia.

Lo importante es no dejar de avanzar hacia tus sueños.

Seudónimo: 06.

"La vida".

Quisiera empezar este relato con algunas frases muy comunes con respecto a la vida que nos ponen a pensar sobre el significado de ella.

"Vida solo hay una"

"Vive y deja vivir"

"Vive el tiempo que quieras vivir"

"La vida es muy corta"

"Quien no ha amado no ha vivido"

Y qué es la vida según mi experiencia.

Es el tiempo que estamos en este mundo donde acumulamos historias, eventos, alegrías y tristezas.

A veces lo aprovechamos y a veces se nos va de las manos.

Cuando nos acordamos los años ya pasaron y nos preguntamos en qué momento pasaron.

Desde que nacemos vamos por la vida rápido, queriendo aprender, conocer y aprovechar al máximo el tiempo.

Después nos detenemos y hacemos un recuento.

Yo creo que la vida no es corta vivas con los años que vivas.

Lo mejor es aprovecharla porque es muy bonita.

Ya que todas las etapas de nuestra vida tienen algo bello, por ejemplo, la posibilidad de amar a tu prójimo, a tu familia, a los animales, a las plantas, a los paisajes.

Y yo creo que somos muy afortunados por vivir, "amo la vida".

Con el paso del tiempo a través de lo que vamos viviendo acumulamos en nuestra mente muchas historias.

Se trata de aceptarla con sus alegrías y sus tristezas porque las tristezas son enseñanzas.

No importa si son poquitos o muchos años porque desde el momento en que naces tienes la oportunidad de vivirla.

Lo único cierto es el nacimiento, el final de nuestra vida es incierto porque no lo sabemos, pero eso no tiene que entristecernos ni preocuparnos mejor hay que aprovechar el tiempo.

Hay que vivir, no solo existir.

En la carrera de la vida hay que hacerla con cariño no solo vivir por vivir.

Éxito, dinero, bienes, pareja, hacer tu familia, buscando la felicidad.

Y entonces hay que darle a cada etapa un tiempo con intensidad, seguir viviendo con alegría sin olvidar los valores.

Sentir la vida es lo mejor.

Seudónimo: **MARITE. 02.**

La fuerza de Emma.

Algunas historias comienzan en grandes ciudades. Otras comienzan en lugares sencillos, donde la vida enseña lecciones desde muy temprana edad.

La historia que van a escuchar hoy comienza con una niña que aprendió a trabajar desde muy pequeña.

Esa niña se llamaba Emma.

Emma nació en una casa humilde, pero llena de cariño. Su mamá era una mujer amorosa, trabajadora y luchadora, y de ella aprendió desde muy pequeña algo muy importante:

que el esfuerzo puede abrir muchos caminos.

Imaginen a una niña de apenas cuatro años, caminando junto a su tío al campo para ayudar a sembrar. Sus manos eran pequeñas, pero su voluntad era grande.

En su casa eran muchos hermanos, y todos aprendieron que cuando la familia se apoya, cualquier reto se puede enfrentar.

Emma creció trabajando. Con mucho esfuerzo logró terminar la primaria, mientras también apoyaba a su mamá en casa.

Con los años, cuando creció, Emma formó su propia familia.

Tuvo cinco hijos: tres mujeres y dos hombres, y con ellos siguió haciendo lo que mejor sabía hacer: trabajar, cuidar y enseñar con el ejemplo.

Emma siempre decía que lo importante era nunca dejar de luchar y mucho menos desanimarse.

El tiempo pasó, y un día Emma miró a su alrededor y se dio cuenta de algo muy bonito. Sus hijos habían crecido y ahora también tenía siete nietos, que llenaban su vida de risas, abrazos y alegría.

Emma dice que sus nietos son su medicina para la vejez, los que le dan energía y la hacen sonreír todos los días.

Hoy, cuando recuerda su historia se da cuenta que aunque la vida puede tener momentos difíciles, también es maravillosa cuando aprendemos a vivirla con alegría.

Porque cuando uno siembra con amor
con el tiempo siempre llegan los frutos.

Seudónimo: EMIS.

Los latidos de Lupita

Hay momentos en la vida que se sienten como un latido...

Fuertes. Inesperados.

Y que nos recuerdan que estamos vivas y vivos.

La historia que van a escuchar hoy es una hecha de esos latidos. Imaginen a una niña con muchos sueños. Una niña que quería aprender, que quería estudiar, que quería descubrir todo lo que el mundo tenía para enseñarle.

Esa niña es Lupita.

En su camino aparecieron muchos retos importantes, pero eso no le quitó las ganas de seguir adelante. Cuando terminó la primaria, tenía muy claro lo que quería: seguir estudiando. Pero en casa no había suficientes recursos.

Así que hizo algo muy valiente. Empezó a trabajar y al mismo tiempo buscó la manera de seguir estudiando.

Aprendió que, cuando hay ganas de salir adelante, siempre se puede encontrar una forma de continuar. Y con ese mismo esfuerzo, también logró ayudar a su hermano para que pudiera estudiar. Para ella, salir adelante no significaba hacerlo sola, significaba también apoyar a quienes más quería.

Los años pasaron...

Y la vida siguió marcando su ritmo, como un latido constante. Lupita formó una familia. Y fue ahí donde uno de los momentos más importantes de su vida llegó.

El nacimiento de su primer hijo.

Pero no fue un momento sencillo. Hubo miedo, incertidumbre. Incluso existió un instante en el que pensó que podía perderlo. Y en ese momento, cada segundo se sentía como un latido muy fuerte en su corazón. Ella logró ser fuerte y darle esa fuerza a su pequeño hijo, quien después de ser atendido por un Doctor, junto a él nació una nueva fuerza en Lupita.

A partir de ahí, su historia tomó otro rumbo. Lupita siguió adelante, construyendo su familia junto a una persona que caminó a su lado con amor, respeto y comprensión. Juntos formaron un hogar. Un lugar donde el cariño, el esfuerzo y la unión se vivían todos los días.

Con los años, Lupita comenzó a darse cuenta de algo muy especial. Cada etapa de su vida tenía algo en común:

los latidos,

El latido de sus sueños, el latido de su esfuerzo, el latido de su familia y el latido de su gratitud.

Hoy, cuando Lupita mira su vida, lo hace con una sonrisa tranquila y agradecida, por lo que vivió, lo que aprendió y por todo lo que logró construir. Pero, sobre todo, agradecida porque entiende algo muy importante: que cada latido tiene sentido cuando lo llenamos de amor, esfuerzo y esperanza.

Y si cierras los ojos y escuchas con atención, tal vez puedas sentirlo también,
como lo hace Lupita.

Ese latido que le recuerda que está aquí...
que nos enseña a agradecer y seguir adelante...
y que tu historia como la de ella... se sigue escribiendo.

EL MATRIMONIO.

Hace muchos... muchos... años se conocieron dos personas que no tenían nada en común; pues ella de 12 años, aunque representaba 10, y él, un apuesto joven de 18 años. Por obvias razones ninguno de los dos se tomó en cuenta en esa primera ocasión.

Cabe mencionar que dicho encuentro se dio en la casa de los papás de él porque las mamás de ambos se conocieron desde que tenían 15 años y se frecuentaban desde entonces.

Así fueron pasando los años y por azares del destino se volvieron a encontrar cuando la niña ya tenía 22 años y el joven 28. Sobra decir que ese encuentro fue completamente diferente.

Empezaron a salir y a convivir. Y después de varios meses y con la complicidad de sus mamás, se llevó a cabo EL MATRIMONIO de ambos, bendecido por todo el universo, y donde el amor, el respeto, el diálogo y la tolerancia han prevalecido estos primeros 50 años de casados.

Al pasar el tiempo, tuvieron la dicha de ser papás de cuatro hijos. De ellos tienen siete nietos y una bisnieta a la que aman con todo su ser.

Ahora, esos jóvenes enamorados ya viven sus años dorados, con la certeza de haber cumplido con lo que ella y él deseaban en esta vida tan hermosa. Y, como sabemos y se dice cuando recibimos la bendición "hasta que la muerte nos separe".

Pues entonces hasta ese momento esta historia de amor continua hasta que llegue a su fin.

El Tianguis.

Yo soy María tengo 69 años, nací el ocho de agosto de mil novecientos cincuenta seis.

Los recuerdos más importantes de mi vida fueron, cuando conocí a mi esposo y cuando tuve a mis hijos, creo que eso fue, y ahora soy afortunada por alcanzar a conocer a mis nietas y nietos estoy agradecida por eso.

Mi reto más importante fue cuando estábamos pasando una situación un poco difícil en lo económico y con vergüenza y todo pedí permiso en un tianguis que se hace por mi casa para vender broquelitos de oro me daba mucha pena, pero lo hice, el momento más difícil fue cuando perdí a mi esposo, eso fue muy difícil.

Bueno les voy a platicar del tianguis.

El tianguis es un lugar donde algunas personas se reúnen a vender diferentes productos como un complemento para los gastos de su hogar esto funciona así: Tenemos una oficina con un secretario, tesorero, secretaría, vocales y demás.

En el tianguis tenemos un coordinador al que muy temprano seis o siete de la mañana acude muchas personas a solicitar un espacio para vender y el los apunta conforme van llegando, y las y los socios tenemos un lugar fijo debemos de llegar antes de las nueve de la mañana porque de lo contrario se les darán a las nuevas personas que se denominan libres porque no están dentro de la sociedad.

El tianguis es un lugar muy popular lo visita bastante gente que va a comprar verduras como: jitomates, cebolla, chiles, ajos, fruta también, naranja, manzana ciruelas, fresas, melón, todo es más fresco y barato. Aaaaa y que más les cuento, vamos a desayunar al tianguis unos ricos tamales, gorditas, tascos de barbacoa, de carnitas, que rico.

Hay muchas personas que compran ropa, accesorios para el celular, licuadoras y ollas exprés.

No faltan los nopalitos recién pelados, aguacate, chicharrón y que decir del señor de los elotes, el señor de los productos orgánicos que lleva miel, ajo negro, suampo para que no se caiga el pelo y muchas cosas más.

Mia miga que vende bisutería siempre con mucha gente admirando sus prendas ah, se me olvidaba toda la infinidad de chacharas que venden que ahí te sorprenderás todo lo que encuentras a muy bajo precio, y no se diga la ropa de paca que es muy vendida.

Yo estoy muy agradecida por esta forma de vender y de pertenecer al tianguis, esto me a ayudado principalmente a mi economía familiar en el tiempo que tuve

a mis hijos pequeños pude aportar a mi hogar y no me avergüenzo de ello, en realidad el ambiente y muy bonito y conoce uno a muchas personas tengo clientas, si clientas porque casi todas son mujeres y a raíz de ello tengo muchas amistades, que platicamos, que nos escuchamos, nos vemos y nos saludamos con alegría y cariño.

Yo creo que para un trabajo honrado no hay que tener vergüenza todo lo contrario hay que hacerlo con responsabilidad, valentía y mucho amor.

Pues eso es para mí un tianguis.

Reto vencido.

Muchas gracias por su atención.

Seudónimo: FORTALEZA.

Mis niños.

Quiero que imaginemos algo...

¿Quién aquí tiene una persona que siempre cuida de ustedes?

Puede ser su mamá, su papá, su abuela, abuelo, amigos o hermanos, alguien que siempre esté pendiente de ustedes.

Ahora cierren los ojos por un momento...imaginen a esa persona y todo lo que hace para ayudarlos a crecer, aprender y seguir adelante.

Saben, a veces esas personas hacen cosas muy grandes y otras veces hacen pequeños esfuerzos todos los días, sin que nadie se dé cuenta.

Pues hoy les voy a contar la historia de una mujer que hizo exactamente eso.

Su nombre es Rosy.

Cuando Rosy tenía apenas cinco años, cada mañana caminaba rumbo al kínder con su pequeña mochila. Su mamá trabajaba todo el día, así que su tía abuela era quien la llevaba y la recogía.

A veces, cuando salía de la escuela y caminaba sola hacia casa, Rosy se sentía muy orgullosa porque, aunque era pequeña, sentía que podía cuidar de sí misma.

Su tía la consentía mucho. Algunas tardes la llevaba al centro a ver los aparadores o a la florería cerca de la iglesia, donde Rosy se quedaba admirando los colores de las flores.

Eran momentos sencillos...pero muy especiales.

Ella aprendió el cariño, el cuidado y que la tranquilidad muchas veces se encuentra en los pequeños detalles.

Cuando Rosy tenía 14 años, tomó una decisión muy importante: se casó. Era muy joven y todavía tenía mucho por aprender sobre la vida.

Pronto llegaron sus hijos.

Tuvo cinco, y desde ese momento su mundo cambió para siempre. Rosy entendió que ahora tenía una gran responsabilidad: cuidar y sacar adelante a su familia.

La vida no siempre fue fácil. No había muchas oportunidades y, al no haber podido estudiar, muchas cosas se volvieron más difíciles.

Pero Rosy nunca dejó de luchar.

Cada día trabajaba, cuidaba de sus hijos y aunque no siempre fue sencillo, procuraba enseñarles algo que para ella era muy importante: el valor del esfuerzo, la responsabilidad y el apoyo entre familia.

Hubo momentos en los que los retos eran grandes, y algunos de sus hijos comenzaron a trabajar desde jóvenes para ayudar en casa. Esto no fue impedimento para que ocurriera algo que llenó su corazón de orgullo. Sus hijos continuaron estudiando y cada uno fue encontrando su propio camino.

Rosy comprendió entonces algo muy importante.

Aunque su vida había tenido momentos difíciles, su mayor logro había sido formar personas responsables y trabajadoras.

Pero no solo eso ... Rosy también tomó decisiones para cambiar su propio camino.

Logró tener su propia casa, encontró la tranquilidad y la libertad de vivir.

Hoy Rosy tiene 86 años y es la más alegre, le gusta bailar y admirarse por las pequeñas cosas como la música. Además, disfruta de estar cerca de su familia.

Ella aprendió a disfrutar la vida y a celebrar los caminos que ha recorrido.

Seudónimo: BONITA.

DISCAPACITADOS

Biónica

Beto y Julio, dos niños discapacitados de 10 años, se disputaban el primer lugar en Matemáticas de su escuela. Beto tenía una parálisis cerebral que le impedía hablar de manera fluida. Julio nació con una deformación congénita en sus piernas, debía moverse en silla de ruedas.

Ambos tenían habilidades matemáticas, área que, al resto de sus compañeros les parecía dificultosa. Los dos sufrían el rechazo y las burlas de muchos de los niños que jugaban fútbol o corrían a la hora del recreo.

Cierto día, después de soportar el cotidiano Bullying escolar, Julio se dirigió por primera vez a Beto, a quien consideraba un retrasado mental por su forma de hablar, pero admiraba su habilidad para resolver cualquier problema matemático, en un segundo. Apenas se levantaba del pupitre para pasar a resolverlo y ya tenía la respuesta. Solo que debía escribirla, dada su incapacidad para articular bien las palabras.

—Oye tú, tarado ¿ya sabes que va a haber un concurso escolar de español y mate? El premio es una excursión al cerro de las Cruces con los niños ganadores de otras escuelas, tú eres muy bueno en mate, pero eres un idiota para hablar —dijo Julio.

Enfurecido, Beto empujó al piso la silla de ruedas, de inmediato apareció una maestra que había presenciado el insulto de Julio. Lo ayudó a levantarse y después los llevó al salón para tratar de eliminar las asperezas y la rivalidad entre los dos niños.

—Julio, no es correcto lo que le dijiste a Beto, él es muy inteligente, aunque no pueda hablar, así como tú no puedes caminar, pero eres muy hábil para hablar y escribir. Beto, tú tampoco te portaste muy bien que digamos, al tirar a Julio. Deberían apoyarse mutuamente para representar a su escuela —explicó la maestra.

Beto sacó una hoja de papel y escribió que merecía respeto y que debía ser tratado igual que a los demás, que no le interesaba participar en el concurso porque él no era nadie en esa escuela.

Julio mencionó que no participaría en el concurso si Beto no lo hacía, conocía muy bien la habilidad matemática de éste, pero no ganarían si él no se levantaba a tiempo a escribir el resultado. El concurso implicaba otras habilidades como la velocidad de respuesta.

La maestra comprendió el malestar de los chicos y prometió que hablaría con el resto del grupo para que dejaran de molestarlos. Beto articuló, como pudo, una frase:

—*¡No quieo, id a cocuso!, no con ete paltitico.*

Julio intentó levantarse de la silla de ruedas para golpear a Beto. La maestra lo detuvo y habló con firmeza:

—Niños, los necesito a los dos, es su oportunidad de demostrar a la escuela que ustedes pueden hacer lo que quieran, siempre que trabajen en equipo ¿qué dicen, le entran?

Beto se quedó pensando unos momentos, escribió en su libreta que al primer insulto de Julio se saldría del concurso, luego asintió con la cabeza. Julio se le quedó viendo y también asintió, no muy convencido.

La maestra los preparó durante dos meses, la parte académica no era el problema, sino transmitirles los valores de respeto, solidaridad, igualdad y tolerancia entre ellos. Pronto descubrió que sólo resolviendo problemas que requerían su participación y colaboración mutua, podrían integrarse.

El día del concurso llegó, Beto empujaba la silla de ruedas de Julio y éste respondía por los dos a las preguntas de los supervisores escolares.

Cuando se dirigían al aula asignada, un grupito de niños de otra escuela gritaba:

—¡Ey, babosos! ¿A poco creen que nos van a ganar?

Beto quiso ir a golpearlos, Julio lo detuvo de la manga de su camisa, a la vez que contestaba:

—¡No te metas con mi amigo, imbécil! Te sientes muy picudo.

Beto se sintió muy alegre de que Julio lo llamara su amigo, sonrió levemente y siguió empujando la silla. Al mismo tiempo aparecieron dos maestros que habían presenciado el incidente. Se llevaron a los niños buscapleitos y los eliminaron del concurso.

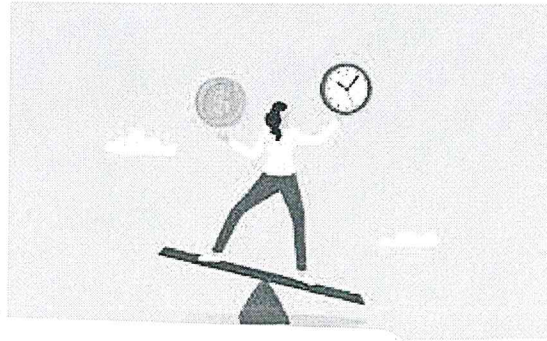
Los resultados se dieron a conocer a los dos días, los ganadores indiscutibles eran Julio y Beto. A la hora de la premiación, la inspectora ponderó las habilidades académicas de los chicos, pero más su actitud solidaria y respetuosa.

El día de la excursión al cerro de las Cruces, estaban eufóricos, era su primera salida solos. Luego de darles la bendición y todo tipo de recomendaciones, los padres de ambos los despidieron. Al llegar al lugar, Beto bajó la silla de ruedas y acomodó a Julio de tal forma que no se fuera a caer. Después, se dirigieron al cerro, les costó mucho trabajo subir, se atrasaron, los niños de las otras escuelas ganadoras, como no los conocían, no se percataron de ello. Beto, cansado de empujar la silla, hizo una seña para desviarse por un sendero y descansar.

La tarde cayó, habían pasado tres horas, tenían hambre, miedo y frío. No sabían cómo regresar. Julio le dijo a Beto que fuera a buscar ayuda, Beto negó con la cabeza, luego escribió en su cuaderno de notas: *No te voy a dejar aquí solo, mejor grita fuerte para que nos encuentren.* Julio tomaba aire cada que emitía un grito de auxilio. Nadie acudía, hasta que, cansado de gritar se acurrucó en su silla, Beto lo abrazó de las piernas y lloraron juntos. Al otro día, la noticia salió en los diarios: un grupo de rescatistas tras una intensa búsqueda, encontró a los niños discapacitados, en el cerro de las Cruces, abrazados y con los ojos cerrados.

El peso de las decisiones

Cuento de realismo para adultos



El peso de las decisiones

Alin trabajaba en una empresa de bandas desde hacía más de quince años.

Su rutina estaba marcada por horarios rígidos, reuniones interminables y la sensación de que cada decisión importante ya estaba tomada por otros.

Sin embargo, cada vez que llegaba a casa y abría las ventanas de su departamento, sentía un aire distinto: el aire de la libertad.

Esa libertad se manifestaba en cosas pequeñas, como elegir qué cenar, decidir si leer un libro o mirar la televisión, caminar sin rumbo por la colonia los domingos.

Pero también aparecía en pensamientos más grandes: ¿y si renunciaba?, ¿y si viajaba?, ¿y si empezaba de nuevo?

Una noche, mientras cenaba con su esposo y sus hijos, Alin comentó que había pensado en dejar el trabajo para dedicarse a escribir.

Su esposo la miró con calma y le dijo:

—Tienes derecho a elegir, pero recuerda que tu libertad también nos toca a nosotros.

La frase la golpeó.

Comprendió que la libertad no era un acto aislado, sino una cadena de consecuencias que alcanzaban a quienes estaban cerca.

Podía abrir las ventanas y sentir el aire fresco, sí, pero también debía asegurarse de que ese aire no se convirtiera en viento que arrastrara a su familia hacia la incertidumbre.

Esa noche apenas durmió, pensando en cómo equilibrar sus deseos con las responsabilidades que lo acompañaban.

Al día siguiente, Alin no renunció.

En cambio, pidió reducción de jornada.

Con menos horas en la oficina, comenzó a escribir por las tardes.

No era la libertad absoluta que había imaginado, pero era una libertad consciente, tejida con responsabilidad.

Con el tiempo, sus escritos se publicaron en revistas locales.

Sus hijos la veían trabajar en la mesa del comedor y aprendió que la libertad no es huir de las obligaciones, sino aprender a equilibrarlas con los sueños.

La ciudad también le enseñaba lecciones.

Cada mañana, al salir, veía a cientos de personas caminar con prisa, cada una con su propio destino.

Pensaba que la ciudad era un mapa de libertades: cada quien podía elegir hacia dónde ir, qué hacer, con quién estar.

Pero también veía los rostros cansados, las miradas perdidas, los silencios de quienes cargaban responsabilidades invisibles.

Comprendió que la libertad no era simplemente decir "sí" o "no", sino aceptar que cada elección llevaba un contrato invisible: responsabilidades que daban forma a la vida que uno quería construir.

Con los años, Alin entendió que la verdadera libertad no se mide en lo que uno abandona, sino en lo que decide sostener.

Y que cada decisión, por pequeña que parezca, es un acto de responsabilidad hacia uno mismo y hacia los demás.

Así, entre las ventanas abiertas de su casa y las calles agitadas de la ciudad, aprendió que la libertad adulta no es ausencia de límites, sino la capacidad de elegir con conciencia y asumir las consecuencias.

LIBERTAD

PST PSST PSSST....Si tu ...HEY ¡¡¡ ..voltea a verme ..soy un adulto mayor

Deja te cuento:

Cuando nací dependía de un adulto para lograr mis necesidades básicas, quizás no estaba muy consciente de lo que esto significaba, tan es así que llegué a la adolescencia ...y con ella llegaron los cambios hormonales, el deseo de tener una identidad, los ideales y la búsqueda de la libertad... ¿Libertad?

¿Pero qué es la Libertad?

Es común definirlo como el romper las reglas, los estatus, la desobediencia, la falta de respeto a los mayores, a la autoridad, a todo aquello que marque o muestre un límite

Los límites que confundimos con cadenas de desafío social

que no nos dejan crecer que no nos dejan ser ...SER QUE?

Pregunta que en ese momento no es posible responder por su amplitud y complejidad...

por desconocimiento ...y sobre todo.... por falta de experiencias y vivencias

pero sabes qué?

-esa respuesta solo la da la vida y los años...

¿Pero espera, cuántos años?

Incertidumbre Analítica, cuántos años debo tener? , para dejar de ser bebé, cuántos años debo ser niño, cuánto tiempo ser adolescente, cuanto ser joven y así se continua ...

Entonces cuando voy a saber que es la libertad

Iluso ¡¡¡ --no lo sabes?... tu naciste con un Don llamado Libre albedrío ...sí, libre albedrío
.... Y ESO ES LA LIBERTAD¡¡¡¡¡

El derecho a ser, a hacer, a decidir, a crear a construir, a determinar y lo mas importante a ser feliz¡¡¡

Las cadenas no existen, tus las adoptas, nunca se rompen tú las abres

La libertad es el modelado de una estructura, es el arte que vas creando día a día con tus vivencias con tus experiencias con tus decisiones y con lo más importante:

El albedrío de elegir y construir tu camino directo a, LA LIBERTAD¡¡¡¡

Hoy soy un adulto mayor que puedo gritar con los brazos abiertos al Mundo, mi Edad no es una cadena, es el símbolo de mi experiencia, los años vividos son el cofre más preciado que atesoro en mis arrugas, en mi vejez y aquí es donde se vislumbra el umbral del significado de la libertad

Y que puedo certeramente decir ...la libertad existe, eres tú ¡¡¡

Por eso hoy te digo:

Mi vida vale la pena estoy lista, preparada para compartirme a la sociedad cómo un ser sin complejos, ni ataduras completamente libre ¡¡¡¡

YEAH¡¡¡

LA LIBERTAD DE DORITA

Mauitzin

Dorita, una anciana de 70 años, maestra, inteligente, culta y tan lúcida como cualquier estudiante universitario, increpó al concejal:

—¡Oiga, llevo media hora levantando la mano y no me deja hablar!

El concejal la miró con fastidio, iba a ceder la palabra a otra persona, pero la turba, ahí reunida, empezó a gritarle:

—¡Deje que hable la maestra Dorita! ¿por qué no le da la palabra? ella conoce mejor que usted, los problemas de nuestra comunidad. Usted ni siquiera es de aquí.

Los pobladores estaban decididos a solucionar los problemas que los aquejaban, se arremolinaron, amenazantes, frente al concejal, quien no tuvo más remedio que ceder ante la petición de los cientos de personas que acudieron a la asamblea del pueblo.

—Está bien, que hable, pero sólo tiene un minuto, la asamblea está por terminar —contestó el concejal.

Dorita respiró hondo e inició su perorata:

— Desde que nací he vivido aquí, aquí me casé, di clases en la escuela primaria, la secundaria y hasta en la prepa, cuando se abrió.

El hombre, visiblemente aburrido la interrumpió:

—Señora, no estamos aquí para escuchar su biografía, vaya al grano. La

—No se trata de mi biografía, como usted le llama, se trata de poner en contexto lo que ha sucedido desde hace más de sesenta años ¿entiende el significado de la palabra contexto o se lo explico? —respondió Dorita.

—Le queda medio minuto, señora —dijo el hombre.

—La inseguridad que vivimos, la falta de oportunidades laborales para los jóvenes, la pobreza y ahora, la falta de agua, nos...

—Ya cálese, señora, no sea intolerante con el tiempo de los demás, ni con sus circunstancias de vida. Son pobres porque quieren. Se acabó su tiempo —dijo abruptamente el concejal.

—Es que no me ha permitido hablar, y no tiene por qué callarme, tengo todo el derecho del mundo de hablar en un foro público —replicó la maestra.

Muchas mujeres, indignadas, pedían respeto, no podrían llegar a ningún acuerdo si no se permitía la participación de mujeres, niños y ancianos. El griterío y los empujones para llegar hasta la mesa del concejal, no se hicieron esperar. El caos amenazaba con rebasar los límites de un diálogo pacífico para decidir en qué se emplearían los recursos que acababan de obtener. Un hombre mayor, se subió a una silla y con una potente y grave voz invitó a los presentes a calmarse:

—¡Calma compañeros, hay que ser tolerantes con la intolerancia! No nos confrontemos, necesitamos discutir con argumentos, no con gritos ni amenazas ¡Señor concejal! si no quiere escuchar a la maestra Dorita, váyase a otro lado, pero no amenace con que el tiempo se acabó. Eso lo decide la asamblea. ¿Si o no vecinos?

—¡Sí! —fue la respuesta unánime de la gente.

El hombre cedió la palabra, otra vez, a Dorita, ella ya no quiso hablar, arguyó que lo haría en la siguiente asamblea, que mejor se iba a dedicar a dar pláticas y conferencias en las escuelas, sobre el respeto, el derecho a la libertad de expresión, la tolerancia, la justicia y la igualdad. Así lo hizo, sus primeras intervenciones calaron hondo en la esposa y los hijos e hijas del concejal, quien empezó a generar un odio hacia Dorita, más profundo del que sentía por ella, hasta antes de la asamblea.

Una tarde, la maestra regresaba de un bachillerato, pensaba que sus coloquios eran lo mejor que podía hacer, dada su edad, ya casi nadie la tomaba

en cuenta, excepto los niños y jóvenes que la habían escuchado. Su nieta, Libertad, de trece años, era su mejor aliada, organizaba a sus compañeras de la secundaria para que escucharan a su abuela y cada vez más, la voz de Dorita, se convertía en el eco de muchos pobladores. Se había convertido en una suerte de faro de luz. Esa tarde, dos individuos la interceptaron, la golpearon en el rostro, en el vientre, en la cabeza, en todo el cuerpo.

A las ocho de la noche, Libertad, preocupada por la tardanza de su abuela, salió a buscarla, la encontró, tirada junto a un árbol, con los labios ensangrentados, pero aún consciente.

—¿Qué te paso, abuela? ¿quién te hizo esto, por qué? — preguntó la niña, mientras gritaba pidiendo auxilio.

—No te preocupes, mi niña, estos huesos ya no me responden, me caí cuando venía de regreso, no vi una piedra y me descalabré, lo más importante es que me encontraste, quiero encargarte algo: nunca te humilles ante quien no te respeta o te trata con dignidad, responde siempre sobre tus actos, ayuda en todo lo que puedas, comprométete con tus amigos, tus compañeros de clase y sobre todo, lucha siempre por tu libertad, esa no tiene precio, yo, ya soy libre — respondió la anciana, luego de cerrar los ojos para siempre.

La niña apretó el cuerpo de su abuela, lloró y luego se puso de pie. En un desplante de dignidad y justicia, gritó para que la escuchara todo el pueblo:

—¡Mi abuela Dorita acaba de morir! ¡yo me llamo Libertad, ella escogió mi nombre cuando nací! ¡Abuela, te prometo que voy a honrar ese nombre y a luchar por la libertad toda mi vida!